

Hikari: buscando la Luz



Kenshinkan dôjô 2018

“Luz, Luz, más Luz...”

Últimas palabras de Goethe antes de morir.

Muchas veces los recuerdos están protagonizados por la Luz, pues será a través de ella que podremos ver estampas y experimentar emociones capaces de transformar, siquiera por un instante, nuestro mundo interior.

Así ha sido, al menos para mí, durante gran parte de mis viajes por Japón. En efecto, aquellos momentos en los que todo se configuró para resultar absolutamente perfecto estuvieron teñidos de una Luz singular; una Luz a veces tenue; otras, radiante, fulgurante, vibrante; una Luz siempre limpia y transparente.

Gracias a esa Luz ha resultado que, ocasionalmente, hemos podido ver más allá de lo que atisban a diario nuestros sentidos limitados; y ha sido también gracias a ella que hemos podido ser testigos de ese acontecimiento tan inusual como verdadero, ese hecho único que es la presencia de esa realidad siempre latente pero pocas veces manifestada, esa realidad olvidada, perdida, abandonada, esa realidad que espera ser comprendida, vivida y tocada; esa realidad imposible de ser advertida a través de una mirada pequeña y limitada.

Muchas veces los recuerdos están protagonizados por la Luz, decía, y ella, la Luz, ha permanecido hibernando en nuestros corazones, latiendo allí a la espera, siempre, de ser requerida por la memoria, para, al menos en ese instante de grandeza, volver a la Vida y manifestarse.

Mientras existamos, esa Luz que hemos experimentado tan vivamente será consustancial a nosotros mismos y formará parte inequívoca de nuestro equipaje interior.

Siempre he disfrutado la Luz de los primeros meses del año. Enero y Febrero, aunque fríos, son meses luminosos, limpios y claros. Los cielos del invierno son en mi memoria meses azules, abiertos, resplandecientes. Si había luz en las primeras horas del día, el frío no tenía cabida en mi corazón y acometía las mañanas con un entusiasmo sin límites.

También en Japón esos meses de invierno vienen cargados de Luz y de frío y yo he sido feliz viajando por el país dejándome llevar por horas de Luz y cielos azules.

De entre todas las luces, de entre todos los días, de entre todos los viajes, quiero recordar un momento.

Me había nevado mucho en Machida pero, al abrigo de un puñado de amigos y amigas con los que había coincidido en un Taikai, todo pareció diluirse, aunque el frío se mantuvo persistente y el viento arreciaba con fuerza cada día.

Terminada mi estancia allí tomé un autobús y me dirigí a Kyoto, quería, simplemente, recorrer calles, plazas y pagodas bajo el azul del invierno y encontrarme de nuevo con su Luz fría. Así lo hice.

Aquella Luz me acompañó a través de la campiña de Kantô cuando desde Kyoto me dirigí a Nara y, aún más hacia el Este, cuando fui al encuentro de aquel lugar mítico que es el Kofun de Fujinoki, un auténtico kurgan que destapa el pasado coreano de los primeros monarcas japoneses.

Anduve caminando de una aldea a otra hasta dar con aquel auténtico monumento de la historia megalítica de Japón, pero nunca me sentí solo, siempre la Luz, increíblemente limpia, estuvo cerca de mí.

Más tarde, tras dos semanas pisando la historia, dejaba Kyoto. Quería cruzar las montañas y continuar avanzando en dirección sur.

Estaba satisfecho de mi viaje. Había tenido tiempo para ver la Ciudad, llegar a Nara, detenerme en Fujinoki, visitar algunas aldeas más allá, cerca de Wakayama; la emblemática Yagyu, cuna de la famosa Escuela de Kenjutsu, había quedado atrás por muy poco, pero tuve otras oportunidades, algunas experiencias que guardo como un tesoro dentro de mi corazón.

Salí temprano del ryokan en el que había estado habitando y bajé la avenida hacia la estación de autobuses. Llegué con tiempo y desayuné frente a los andenes donde, unos días antes, me había reunido con una amiga entrañable, una mujer a quien había encontrado años atrás caminando por las calles de la Ciudad de Calcutta. El lugar era espacioso, luminoso, alegre y abierto. Disfruté del momento, Saqué mis guías de viaje, mis cuadernos de notas y me dispuse a escribir mientras tomaba ya mi primer café. Tenía para mí ese tiempo de espera que tanto me gusta, un tiempo que considero esencial para la reflexión, un tiempo de casi obligada dilatación para saborear la aventura inmediata, para expresar un estado de ánimo, para valorar una gran oportunidad.

Pasada una hora ajusté cuentas, cogí mis dos mochilas, me enfundé guantes, gorro de lana y anorak y, raudo, salí hacia la estación.

Mi autobús estaba ya en el andén y el chófer -en perfecto estado de revista, como siempre ocurre en Japón- me recibió con una sonrisa. Su ayudante tomó mi equipaje y lo dispuso de manera impecable. Saqué mi billete y se me indicó el asiento que debía de ocupar. El momento iba conformándose como yo deseaba, natural y ordenadamente. Los viajeros llegaban y saludaban, tomaban posesión de sus asientos y mantenían ese silencio tan educado y envidiado. El autobús se llenó. Nos dieron la bienvenida, indicaron la ruta a seguir y, con la habitual puntualidad, partimos.

Desde el primer instante la Luz había hecho su aparición entrando por las ventanas del autobús, y esto a pesar de los altos edificios de apartamentos, de la fachada principal de la estación de autobuses y del tráfico intenso.

Dejamos Kyoto y nos dirigimos a Osaka, desde donde seguiríamos hacia Kobe y, más allá, hacia Okayama, mi primera parada. Serían cuatro horas de ruta hasta llegar. No tenía prisa alguna, sabía que estaba entrando en el terreno que tanto había perseguido y tenía conmigo todos los ingredientes para que aquel viaje se convirtiera en un viaje perfecto. De entre todos los ingredientes necesarios para conseguirlo la Luz era el más importante de ellos, desde luego.

Había despuntado el Sol y la mañana se abría definitivamente. Aún no habíamos parado a tomar el segundo café, pero sí habían hecho ya su aparición las primeras montañas, que estaban nevadas, como bien correspondía al momento del año.

Una Luz, casi infinita, entraba a través de las ventanas inundándolo todo, dando calor a los cuerpos y alimentando los espíritus. Yo había llegado, por fin, a ese momento de Felicidad en el que todo, gracias a la Luz, puede observarse con Libertad, con Desprendimiento, desde la Distancia, con Amor: aquel era el momento del Librepensamiento.

Para mí el Viaje por carretera, el itinerario serpenteante, el tiempo y la distancia, habían concluido. Estaba en el sitio perfecto en el momento adecuado.

Más allá me esperaba el sur de Japón, sus campos y granjas, experiencias que tomarían forma negro sobre blanco, el Bujutsu más ancestral y unos amigos, casi perdidos, que habitaban un espacio sin nombre. Pero yo habría querido quedarme a vivir, para siempre, en aquel instante perfecto, entre aquellas montañas nevadas, entre aquellos compañeros de viaje, tan educados y silenciosos, al calor de aquellos rayos de Sol primerizos y tibios, bajo aquel cielo, azul, inmenso y diáfano, en medio, siempre, de aquella Luz increíble.

Kenshinkan dôjô 2018